

VALENTINA PAZÉ

**EN NOMBRE DEL PUEBLO.  
EL PROBLEMA DEMOCRÁTICO**

Traducción de  
Andrea Greppi

CÁTEDRA DE CULTURA JURÍDICA

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2013

# ÍNDICE

	Pág.
PREMISA.....	13

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO I

#### EL PROBLEMA DEL *DEMOS*

1. SOBRE LA IGNORANCIA DEL PUEBLO.....	19
2. TOSCO, PERO NO ESTÚPIDO.....	22
3. UNA CIUDAD EN LA QUE TODO PUEDE PASAR .....	24
4. UNA CONSTITUCIÓN «ANÁRQUICA Y POLÍCROMA».....	28

### CAPÍTULO II

#### EL PROBLEMA DE LA PLEBE

1. DE LOS ANTIGUOS A LOS MODERNOS.....	35
2. ¿QUIÉN TEME AL PUEBLO? EL DEBATE SOBRE LA AMPLIACIÓN DEL SUFRAGIO .....	38
3. ENTRE INGLATERRA Y PRUSIA: EL PROBLEMA DE LA PLEBE....	44
4. DE LA PLEBE AL PROLETARIADO .....	50

### CAPÍTULO III

#### EL PROBLEMA DE LOS SUBALTERNOS

1. EN LOS MÁRGENES DE LA HISTORIA.....	55
2. ENTRE EL SILENCIO Y LA PALABRA.....	59

	Pág.
3. EL PROBLEMA DE LA REPRESENTACIÓN (¿POR QUIÉN VOTAN LOS SUBALTERNOS?).....	63
4. DESEAR CONTRA LOS PROPIOS INTERESES.....	67

#### CAPÍTULO IV

##### EL PROBLEMA DE LOS ESTÚPIDOS

1. EL ENIGMA DEL CONSENSO.....	73
2. EL ECLIPSE DE LA RAZÓN.....	78
3. DE LA IDEOLOGÍA AL <i>MARKETING</i> .....	84
4. ENTRE IGNORANCIA Y AUTOENGAÑO.....	88

#### SEGUNDA PARTE

#### CAPÍTULO V

##### LA RESPUESTA DEL CONSTITUCIONALISMO

1. ¿PROTEGER A LA DEMOCRACIA? (¿O PROTEGERSE DE ELLA?).	95
2. LA ESFERA DE LO «NO DECIDIBLE».....	99
3. LOS DERECHOS COMO PRESUPUESTO DE LA DEMOCRACIA....	101
4. LA DEMOCRACIA COMO PRESUPUESTO DE LOS DERECHOS....	107
5. DEMOCRACIA Y ESTADO DE DERECHO EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN.....	112

#### CAPÍTULO VI

##### LA RESPUESTA DE LA SOCIEDAD CIVIL

1. LA EDUCACIÓN DEL CIUDADANO.....	115
2. SOCIEDAD CIVIL: ¿EN QUÉ SENTIDO?.....	119
3. ¿QUÉ OPINIÓN PÚBLICA?.....	123
4. CAMBIAR EL MUNDO SIN HACERSE CON EL PODER.....	127
5. ¿UNA SOCIEDAD CIVIL PARA UNOS POCOS?.....	131

#### CAPÍTULO VII

##### LA RESPUESTA DE LA DEMOCRACIA DELIBERATIVA

1. MÁS ALLÁ DE LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA.....	135
2. LA RECUPERACIÓN DEL SORTEO EN LAS DEMOCRACIAS CONTEMPORÁNEAS.....	141
3. DELIBERAR: ¿DÓNDE, CÓMO, CUÁNDO?.....	146
4. DE NUEVO SOBRE LA EDUCACIÓN DEL CIUDADANO.....	152

## CAPÍTULO VIII

**LA RESPUESTA DE LA DEMOCRACIA PARTICIPATIVA**

1. EL «MODELO PORTO ALEGRE» .....	155
2. DEMOCRACIA Y VÍNCULOS.....	159
3. LOS SUBALTERNOS REDIMIDOS.....	166
4. ENTRE INSTITUCIONES Y SOCIEDAD CIVIL .....	170
5. ¿Y EN EUROPA? .....	174
<b>ÍNDICE ONOMÁSTICO .....</b>	<b>179</b>

## PREMISA

*En nombre del pueblo. El problema democrático* es un título que precisa alguna explicación. Es opinión corriente que los regímenes democráticos tienen que hacer frente hoy a graves dificultades y a una larga serie de desafíos. Sin embargo, ¿por qué asociar la noble noción de «pueblo» con la de un problema por resolver? ¿En qué sentido el pueblo es un problema, y no un recurso, para la democracia?

Si acudimos a la historia de las ideas políticas y sociales, las respuestas a estas preguntas llegan enseguida. Una larga tradición de pensamiento de inspiración aristocrática, conservadora, o incluso reaccionaria, ha retratado al pueblo —identificándolo, a menudo, con los sectores más desfavorecidos de la sociedad— en términos fuertemente despectivos: como una masa informe, formada por personas ignorantes e irracionales, presa fácil de la propaganda de los demagogos. Cuando proviene de pensadores francamente antidemocráticos —como Platón, de Maistre, Nietzsche, o Pareto— una posición como ésta no resulta sorprendente. Pero la sospecha de que las pobres prestaciones que con frecuencia han ofrecido los regímenes democráticos deban atribuirse al principio mismo sobre el que reposa el «gobierno de muchos» ha sobrevolado enseguida incluso entre quienes no tenían ningún prejuicio adverso a la democracia. La razón está en los numerosos casos en los que los ciudadanos que ostentan el poder soberano han tomado pésimas decisiones: desde la condena a muerte de Sócrates, dictada por un tribunal popular ateniense en el 399 a. C., hasta el voto que llevó al poder a Luis Napoleón, en las primeras elecciones celebradas en Europa con sufragio universal masculino; desde las elecciones que allanan el camino al nombramiento de Hitler como canciller, en 1932 y 1933, al irresistible ascenso, a lo largo de los siglos xx y xxi, de discutibles «hombres del destino» que, *en nombre del pueblo*, se sitúan por encima de la ley y del Estado de derecho. Episodios todos ellos que, por su dramatismo, han quedado mucho más grabados en la memoria colectiva que las frecuen-

tes experiencias de desgobierno democrático, haciendo tambalearse la confianza en la capacidad de juicio político de las personas «comunes» y llevando incluso en ocasiones a los propios demócratas a reclamar la introducción de correctivos «aristocráticos» al gobierno del pueblo. Semejantes experiencias resuenan como un aviso para contener los entusiasmos y mirar de frente a la realidad, reconociendo que la democracia es un régimen difícil, que precisa de una larga serie de presupuestos sociales y culturales, sin los cuales los ritos de la participación directa o indirecta de los ciudadanos en las decisiones colectivas corren el riesgo de quedar vacíos de significado y de esconder el ejercicio arbitrario del poder por parte de las élites de siempre, capaces de orientar y manipular el consenso en su beneficio.

En el origen de este libro está, precisamente, esa pretensión de mirar de frente a la realidad, tomando en serio la que Norberto Bobbio llamaba la «saludable, por más que detestable, lección de los cínicos»<sup>1</sup>. En la primera parte del volumen he aislado algunos momentos paradigmáticos en los que el problema de la incompetencia del pueblo se ha manifestado de forma particularmente acuciante, reclamando un esfuerzo de análisis por parte de los intelectuales. El *demos*, la plebe, los subalternos, los «estúpidos» son cuatro figuras que aparecen en épocas diferentes, suscitando el miedo y la hostilidad de las clases cultas, acostumbradas a verse a sí mismas como candidatas «naturales» para gobernar, pero creando también el desconcierto entre quienes creen en el valor de la igualdad política y se dan cuenta demasiado tarde de estar sobrevalorando la capacidad de las personas de resistir a las sutiles artes de la propaganda. Llamativo es el caso de los republicanos franceses que, en 1848, celebran la llegada del sufragio universal como su más grande victoria, para después despertarse meditando, llenos de asombro, sobre las razones por las que el «pueblo» les había dado la espalda.

La segunda parte del volumen ofrece un panorama sobre algunas posibles respuestas que han ido surgiendo, del lado de los demócratas, para afrontar el «problema del *demos*». La primera, el constitucionalismo, consiste en sustraer algunas materias al ámbito de decisión de los ciudadanos, trazando una «esfera de lo indecible» para la protección de los derechos fundamentales. Se trata de una solución fundamentalmente «defensiva», pero destinada indirectamente a incidir sobre la calidad de las decisiones democráticas, si es cierto que la garantía no solo de los derechos de libertad, sino también de algunos derechos sociales básicos, como el derecho a la educación y a la información, es un requisito previo indispensable para el ejercicio consciente de los derechos políticos. Una segunda familia de teorías afronta de lleno la cuestión de la educación del ciudadano: bien poniendo el énfasis en el papel de los movimientos y de los grupos de la sociedad civil, bien reclamando el desarrollo de nuevos procedimientos que puedan renovar las institucio-

---

<sup>1</sup> N. BOBBIO, *Saggi sulla scienza politica in Italia*, Roma-Bari, Laterza, 1996 (1.<sup>a</sup> ed., 1969), p. XVII.

nes de la democracia representativa y promover la participación crítica y responsable de un mayor número de ciudadanos.

El problema de la formación del ciudadano democrático remite a cuestiones complejas, que deberían ser afrontadas a distintos niveles. Habría debido dedicar un mayor espacio a la aportación que la escuela, de todo orden y grado, puede ofrecer a la alfabetización de los ciudadanos, llamados cada vez más a menudo a pronunciarse sobre problemas de notable complejidad técnica, que requieren notables competencias de naturaleza económica, jurídica y científica. No lo he hecho porque lo daba en cierta medida por descontado, pero lo que está sucediendo en estos años en Italia —un proceso de «reforma» del conjunto del sector de la educación, desde la elemental hasta la universidad, marcado por los recortes y la generalizada reducción del número de horas lectivas— me lleva a añadir algunas consideraciones. Los demócratas del siglo XIX consideraban indisoluble la batalla por la ampliación del sufragio de la batalla por la escolarización universal, en la misma medida en que los reaccionarios veían como peligrosa la excesiva instrucción de las masas, en particular, de los más pobres. Incluso cuando admitían la necesidad de poner los rudimentos del saber al alcance de los menos favorecidos, los antidemocráticos eran perfectamente conscientes del límite que la educación no tendría nunca que superar: «no esa especie de instrucción que los eleve por encima del rango al que están destinados por la sociedad, sino la suficiente para dar a sus mentes la justa inclinación, un fuerte sentido de la rectitud religiosa y moral, el horror al vicio y el amor a la virtud, la sobriedad y la laboriosidad; una disposición a sentirse satisfechos con su destino, y un justo sentido de la lealtad y la subordinación»<sup>2</sup>. No quisiera que en este comienzo de siglo, caracterizado por el incremento exponencial de la desigualdad, un programa como éste volviera a ponerse a la orden del día.

Lo desconcertante es el hecho de que vivimos en sociedades que ofrecen potencialmente a todos el acceso a una masa inabarcable de información y, sin embargo, como demuestran los preocupantes datos sobre el analfabetismo «sobrevenido», esto no parece reflejarse en los conocimientos de que efectivamente disponen los ciudadanos, ni sobre su capacidad para el pensamiento crítico. A la escuela y a la universidad les corresponde afrontar, en este contexto, desafíos importantes. Pero la democracia necesita también otras instituciones y otros lugares informales en cuyo seno pueda ejercitarse «el arte perdido de la discusión», para que los ciudadanos puedan encontrar los estímulos para hacerse preguntas y documentarse<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> P. COLQUHOUN, *A Treatise on Indigence* (1806), cit. en Z. BAUMAN, *Memorie di classe. Preistoria e sopravvivenza di un concetto* (1982), Torino, Einaudi, 1987, p. 113 (trad. cast. *Memoria de clase*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2011).

<sup>3</sup> Cfr. C. LASCH, *La ribellione delle élites. Il tradimento della democrazia* (1995), Milano, Feltrinelli, 1995, pp. 134-135 (trad. cast. de F. J. Ruiz-Calderón, *La rebelión de las élites y la traición de la democracia*, Barcelona, Paidós, 1996, p. 141).

Por lo que a mí respecta, he aprendido mucho, en estos años, a través del diálogo con amigos y colegas con los que he tenido ocasión de debatir los temas tratados en este libro. Quiero mostrar aquí, de forma particular, mi agradecimiento a Michelangelo Bovero, por su exigencia y apoyo constante, pero también a Fabrizio Cattaneo, Massimo Cuono, Fulvia de Luise, Costanza Pazé, Gianfranco Ragona y Ermanno Vitale. Todos ellos leyeron una primera versión del texto, completa o parcial, formulando observaciones pertinentes y estimulantes, que no siempre he podido tener en cuenta. He discutido algunas de mis tesis con motivo de tres seminarios celebrados respectivamente en Parma, Bari y Alghero, a lo largo de 2010 (los dos últimos programados en el ámbito del proyecto Prin 2008 «La democrazia dopo la democrazia»). Doy las gracias a los organizadores, Ferruccio Landolfi, Michele Mangini y Lio Mura, y a todos los participantes. Gracias también a los compañeros investigadores «indisponibles» de la Facultad de Ciencias Políticas de Turín y a los estudiantes que se movilizaron en defensa de la universidad pública, no solo por haberme dado la oportunidad de discutir con ellos sobre subalternidad y poder, sino también por haberme permitido redescubrir —durante los meses inolvidables de la primavera y el otoño de 2010— el significado de la democracia como participación «desde abajo» en los problemas colectivos.

Pinerolo, diciembre de 2010



## CAPÍTULO I

### EL PROBLEMA DEL «DEMOS»

#### 1. SOBRE LA IGNORANCIA DEL PUEBLO

La democracia no gozaba de buena fama en la Antigüedad, ni siquiera en la ciudad en la que había tenido su origen. Si hay un aspecto que comparten la casi totalidad de los intelectuales atenienses de los siglos v y iv es la desconfianza, la sospecha, en algunos casos la abierta condena y el desprecio que manifiestan frente a ese experimento de gobierno «del pueblo» del que eran testigos privilegiados.

Semejante aversión ante la forma de gobierno democrática se comprende si pensamos en el juicio fundamentalmente negativo formulado por los escritores antiguos respecto del *demos*, el sujeto colectivo al que, en democracia, corresponde el *kratos*, el poder de gobernar. Ignorante, poco fiable, fluctuante, sensible a los halagos de los demagogos, el pueblo no cuenta con una buena literatura en esta fase histórica, entre otras cosas porque las pocas personas que estaban en condiciones de escribir y de transmitir a los descendientes su pensamiento no provenían de sus filas.

En el más antiguo texto griego de argumento «constitucional», el *logos tripolitikos*, incluido en las *Historias* de Heródoto, una crítica inapelable de la democracia es la que se atribuye al personaje de Megabizo, uno de los tres nobles persas que, en la corte de Cambises, discurren sobre cuál sería la mejor forma de gobierno para su país. Interviniendo justo después de Otanes, que había elogiado la democracia (*isonomía*) y condenado la monarquía, que está siempre expuesta a convertirse en tiranía, Megabizo concuerda en rechazar el «gobierno de uno solo», pero añade enseguida que aún peor es la constitución que confía el mando a la multitud (*plethos*). «Es totalmente insoportable —sostiene Megabizo— que

hombres que huyen de la soberbia de un tirano caigan en la soberbia de una masa sin freno. Pues el tirano actúa, cuando hace algo, fundándose en su propia visión; al pueblo, en cambio, le es imposible incluso hacerse una visión. Pues ¿cómo podría tener visión uno que no ha conocido ni visto nada bello ni honesto, porque nadie se lo ha mostrado, sino que, simplemente, cae sobre las cosas y las empuja irreflexivamente, parecido en ello a la cascada de una montaña?»<sup>1</sup>.

Se observa, en estas breves frases, una caracterización del *demos* destinada a reaparecer en infinitas variantes y a convertirse en un verdadero lugar común de la literatura antidemocrática. Del pueblo es bueno desconfiar —se dice— porque es ignorante y actúa sin discernimiento, sin darse cuenta de lo que hace. Quien expresa un juicio semejante identifica el *demos* con «los muchos» (*oí polloí*) y con la multitud (*to plethos*), pero al mismo tiempo con la masa de los «pobres» (*aporoí*) y de los trabajadores manuales (*cheirones*). Se trata de esa parte de la población, ampliamente mayoritaria, que se ve obligada a trabajar para subsistir, que los exponentes de la aristocracia suelen designar despectivamente con calificativos como los «malvados» (*poneroí*) y el «vulgo» (*ochlos*). En los siglos v y iv a. C., sin embargo, el término *demos* se usaba también para indicar el cuerpo civil considerado en su conjunto, es decir, el conjunto de todos los ciudadanos titulares de derechos políticos<sup>2</sup>.

La dialéctica entre partidarios y detractores de la forma de gobierno democrática juega a menudo con la ambigüedad entre uno y otro significado. Como sostiene el siracusano Atenágoras, en un discurso referido por Tucídides: «Alguien dirá que la democracia no se basa ni en la inteligencia ni en la igualdad y que quienes poseen el dinero son también los más aptos para ejercer el poder de la mejor manera. Yo, en cambio, afirmo antes que nada que el término pueblo designa a la totalidad de la ciudad, mientras que el término oligarquía solo a una parte»<sup>3</sup>. Atenágoras es un partidario de la democracia, al que le interesa defender la legitimidad del gobierno del pueblo. No sorprende que haga hincapié en la acepción más amplia y universalista del término *demos*. La polémica oligárquica frente a la democracia se basa, en cambio, en la asimilación del pueblo con la parte más pobre, ordinaria e ignorante de la población. Los campesinos, los artesanos, los tenderos, los remeros que en Atenas se agolpaban en la Asamblea y participaban por turnos en los tribunales populares y en el consejo de los quinientos —la *boulé*— carecían, en efecto, de instrucción formal y a menudo también de medios

<sup>1</sup> HERÓDOTO, *Historias* III, 81 (trad. cast. de C. Schrader, Madrid, Gredos, 1985, pp. 341-342).

<sup>2</sup> Sobre los dos significados de *demos*, cfr. M. FINLEY, *La política nel mondo antico* (1983), Roma-Bari, Laterza, 1985, pp. 4-5, y M. H. HANSEN, *La democrazia ateniese nel iv secolo a. C.* (1991), edición de A. MAFFI, Milano, LED, 2003, pp. 173-174 y p. 189. Como es sabido, al *demos* como cuerpo pertenecían solamente los hombres adultos, libres y autóctonos, y no las mujeres, los metecos y los esclavos.

<sup>3</sup> TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, VI, 39 (trad. cast. de A. Guzmán Guerra, Madrid, Alianza, 1989, p. 489).

adecuados de subsistencia, hasta el punto de que la modesta dieta prevista por el desempeño de funciones públicas les suponía un ingreso no despreciable<sup>4</sup>. Es pensando en la composición social del *demos* reunido en asamblea que Aristóteles formula la célebre definición de democracia como gobierno «de los pobres», que solo accidentalmente coinciden con la mayoría, mientras la oligarquía es, siempre, el gobierno «de los ricos», antes aun que gobierno de una minoría.

El estereotipo del trabajador manual bruto y necio, tan absorbido por las tareas cotidianas que no es capaz de mirar más allá de su nariz, está bien arraigado en el pensamiento aristocrático del siglo IV a. C. Aparece en Platón y en Aristóteles, que sitúan los oficios y el trabajo asalariado en general entre las ocupaciones «innobles», que deforman el cuerpo y mutilan el alma, impidiendo la realización de actividades más elevadas<sup>5</sup>. Aristóteles expresa con claridad la idea de que la actividad política requiere tiempo (y dinero) y que para poder destacar en ella es indispensable verse libre de «trabajos necesarios»<sup>6</sup>. Como dice el heraldo tebano en *Las suplicantes* de Eurípides: «Un labrador miserable, aun no siendo ignorante, es incapaz de poner sus ojos en el bien común, como lo demuestran los hechos»<sup>7</sup>. El hecho de que precisamente a estos «pobrecillos», «incompetentes en todo, insensatos e ignorantes» les sea confiada en Atenas la tarea de aprobar las propuestas de ley y de juzgar la conducta de los magistrados en los tribunales populares será motivo de desconcierto y escándalo para todos aquellos que, en los siglos venideros, tomarían a la reina del Ática como modelo de democracia «radical», que no habría nunca que imitar<sup>8</sup>.

Pero no es todo. Megabizo en el pasaje de Heródoto no se limita a denostar la ignorancia del pueblo, que «no ha conocido ni visto nada bueno ni honesto», sino que pone en duda su capacidad para actuar con conocimiento de causa. Es significativo el recurso a la imagen del río crecido que todo lo arrasa, avanzando a ciegas, sin distinguir lo que encuentra a su paso. Una metáfora destinada a tener fortuna en los siglos siguientes, junto con otras imágenes naturales, afines a ella: «No en vano —escribirá Guicciardini— se compara a la multitud con las olas del mar, las cuales según los vientos van para aquí y para allá, sin regla alguna, sin

<sup>4</sup> M. FINLEY, *La política nel mondo antico*, op. cit., pp. 52-53 y pp. 60-61.

<sup>5</sup> Cfr. por ejemplo PLATÓN, *Rep.*, 495d-e; ARISTÓTELES, *Pol.*, 1337b.

<sup>6</sup> ARISTÓTELES, *Pol.*, 1278a; *Ética a Eudemo* 1215a, pp. 25-32. Sobre la relación entre ocio y política, además de las páginas clásicas de H. ARENDT en *La condición humana* (1958, trad. cast. de R. Gil Novales, *La condición humana*, Madrid, Paidós, 2010), cfr. T. MORAWETZ, *Der Demos als Tyrann und Banause. Aspekte antidemokratischer Polemik im Athen des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2000, pp. 22-33.

<sup>7</sup> EURÍPIDES, *Las suplicantes*, 417-422 (trad. cast. de J. L. Calvo Martínez, *Tragedias*, t. II, Madrid, Gredos, 1978, p. 43).

<sup>8</sup> La expresión entrecomillada es de Cicerón, en la oración *Pro Flacco*. El texto completo es el siguiente: «Hombres incompetentes en todo, insensatos e ignorantes, se agolpaban en el teatro, ordenaban guerras inútiles, ponían el gobierno en manos de sediciosos, alejaban a los ciudadanos que mejor habían servido a la patria» (citado por F. GALGANO, *La forza del numero e la legge della ragione*, Bologna, Il Mulino, 2007, p. 27, nota).

ninguna constancia»<sup>9</sup>. Y el libertino Gabriel Naudé, en el siglo xvii: «Es parecido al mar (el vulgo) sujeto a toda clase de vientos y tempestades [...]. Su verdadero ser es la inconstancia, el cambio, aprobar y desaprobar una cosa al mismo tiempo, precipitarse de un extremo a otro, creer fácilmente, súbitamente rebelarse, siempre protestar y murmurar»<sup>10</sup>. Si estas imágenes buscan transmitir la idea de la volubilidad y la incoherencia de las decisiones del *demos*, en otros casos al pueblo se asocian sentimientos de desprecio, miedo o auténtico terror. Recuérdese el crudo lenguaje de Lutero que compara a la plebe con una «bestia salvaje y feroz», chiflada, intemperante, irracional, imposible de controlar si no es con «lazos y cadenas» y bajo la constante amenaza de la espada<sup>11</sup>.

Representado como una fuerza de la naturaleza, el pueblo aparece como una entidad inhumana, que desata obsesiones y fobias. Aparentemente sordo a la voz de la razón, se hace temible por sus movimientos imprudentes, imprevisibles, incontrolables. Semejante transfiguración es posible porque el *demos* es concebido en términos organicistas, como masa uniforme y compacta, o como muchedumbre, que se mueve y se pronuncia al unísono, sin dejar entrever las individualidades que la componen. Pero basta aproximarse a ella para darse cuenta de que el pueblo no tiene una, sino innumerables cabezas, que piensan, en el fondo, sobre la base de una lógica no muy diferente a la que siguen los demás componentes de la sociedad.

## 2. TOSCO, PERO NO ESTÚPIDO

La *Constitución de los atenienses* es un panfleto ferozmente antidemocrático que se remonta a la segunda mitad del siglo v a. C. Ha llegado hasta nosotros en forma anónima, junto a los textos de Jenofonte, y para algunos puede ser atribuido a Critias, el jefe de los Treinta Tiranos que ostentaron durante unos meses el poder en Atenas tras el golpe de Estado del año 404<sup>12</sup>. Se trata de un texto breve, organizado en forma de diálogo entre dos personajes, que Luciano Canfora identifica con un exponente del partido oligárquico «inteligente» y un «tradicionalis-

<sup>9</sup> F. GUICCIARDINI, «Considerazioni intorno ai Discorsi del Machiavelli», en N. MACHIAVELLI, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Torino, Einaudi, 1983, pp. 564-565.

<sup>10</sup> G. NAUDÉ, «Considerations politiques sur le coup d'Etat», Roma, 1639, citado en R. BODEL, *La geometria delle passioni*, Milano, Feltrinelli, 1991, p. 171 (trad. cast. *Una geometría de las pasiones*, Barcelona, Muchnik, 1995).

<sup>11</sup> M. LUTERO, «Sulla autorità secolare», en *Scritti politici*, edición de L. Firpo, Torino, Utet, 1959, parte II, pp. 403-405. Pero también el autor de las *Vindiciae contra tyrannos*, la más famosa defensa de la literatura hugonote, compara a la plebe con «una bestia con innumerables cabezas» y con una «multitud desenfrenada», y le atribuye no al pueblo sino a los notables que lo representan el derecho de resistencia contra el tirano. Cfr. Stephanus Iunius Brutus, *Vindiciae contra tyrannos. Il potere legittimo del principe sul popolo e del popolo sul principe*, edición de S. Testoni Binetti, Torino, La Rosa, 1994, p. 48 (trad. cast. de P. García-Escudero, *Vindiciae contra tyrannos*, Madrid, Tecnos, 2008, p. 54).

<sup>12</sup> Partidario de la atribución a Critias es Luciano Canfora. Cfr. su *Storia della letteratura greca*, Roma-Bari, Laterza, 1986.

ta»<sup>13</sup>. A diferencia de este último, que comparte los clásicos prejuicios aristocráticos frente al *demos*, para el oligarca «inteligente» el pueblo no es comparable a una fuerza bruta de la naturaleza o a un animal estúpido e irracional. Su tesis, enunciada desde los primeros párrafos, es que los atenienses «defienden bien su sistema y [...] con buen juicio hacen todo aquello que los demás griegos desaprueban»<sup>14</sup>. Sin dejar de ser un fiero adversario de la forma de gobierno democrática, el oligarca «inteligente» reconoce, en otras palabras, que el modo en que el pueblo gobierna Atenas es perfectamente coherente con la esencia de su constitución, interpretada en este contexto —sin posibilidad de malentendidos— como dominio de los pobres sobre los ricos, de los ignorantes sobre los cultos, de los «peores» sobre los «mejores» (los *aristoi*, de donde proviene «aristocracia»). La idea aparece en diversas ocasiones, constituyendo el auténtico *leitmotiv* de la obra. El pueblo sabe lo que quiere y actúa en consecuencia. Está dispuesto a ceder a representantes de la aristocracia cargos de responsabilidad como el mando del ejército y se reserva las magistraturas que no conllevan riesgos y aseguran beneficios inmediatos. Favorece en sus deliberaciones sus propios intereses, desentendiéndose del bien de la ciudad y de los acuerdos suscritos con los aliados. Es tosco e ignorante, pero no estúpido: «Sabe distinguir bien a los ciudadanos como es debido de la canalla. Pero aun así prefiere a aquellos que son favorables y útiles, aunque sean canalla, y odia a la gente como es debido *precisamente por serlo*»<sup>15</sup>.

Las lúcidas observaciones del oligarca «inteligente», que reflejan probablemente las opiniones del autor, ponen de manifiesto una realidad a la que no se puede volver la espalda. Atenas, bajo el gobierno del *demos*, «consiguió mantenerse por casi doscientos años como el más próspero, el más poderoso, el más estable, el más pacífico internamente y culturalmente, con mucho, el más rico, de entre todos los estados del orbe heleno»<sup>16</sup>. Los evidentes éxitos de la Atenas democrática, convertida en cabeza de un imperio de grandes dimensiones, y la solidez de sus instituciones, no podrían explicarse si realmente los exponentes de las clases populares fueran tan necios e incompetentes como los describen las capas más prevenidas de la aristocracia.

El juicio del oligarca «inteligente» sobre Atenas, por lo demás, no podría ser más despectivo: la democracia es el gobierno de la escoria y de los maleantes, es el régimen que concede el uso de la palabra, en la asamblea, a cualquier charlatán que se lo proponga. Ante la objeción de quien se pregunta cómo es posible que un individuo semejante, de baja condición social y pocas luces, comprenda qué es lo que le conviene a él y a sus con-

<sup>13</sup> Anónimo ateniense, *La democrazia come violenza*, edición de L. Canfora, Palermo, Sellerio, 1982, p. 46.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 29. Cursiva original.

<sup>16</sup> M. FINLEY, *La democrazia degli antichi e dei moderni* (1973), Roma-Bari, Laterza, 2005, p. 23 (trad. cast. de A. Pérez-Ramos, *Vieja y nueva democracia y otros ensayos*, Barcelona, Ariel, 1980, p. 32).

ciudadanos, el oligarca «inteligente» responde una vez más poniendo de manifiesto la habilidad del *demos* para perseguir su propia utilidad: «Ellos comprenden que la estupidez, la maldad, la benevolencia cómplice es más provechosa que la virtud, la sabiduría y la hostilidad de la gente como es debido»<sup>17</sup>. Merece la pena notar que en este fragmento la relación entre el pueblo y quien toma la palabra en la *ecclesia* buscando el asentimiento del auditorio aparece invertida, respecto al módulo clásico: no es el orador el que arrastra y adula a la muchedumbre; es el pueblo reunido en asamblea el que decide aclamar a aquella persona de la que piensa obtener el máximo beneficio, «utilizándolo» para sus propios fines. Por lo demás, no está tan claro que estos dos aspectos no puedan de alguna forma convivir.

En *Los caballeros* de Aristófanes, una comedia escrita aproximadamente en los mismos años que la anónima *Athenaion Politeia*, Demo es el nombre de un viejo señor avaro y vulgar, convertido en rehén de los siervos que lo adulan y lo persiguen para obtener sus favores. El blanco de la sátira de Aristófanes es doble: de un lado el demagogo Cleón, contemporáneo suyo, encarnado en la obra por el siervo Paflagonio; de otro, el pueblo (Demo), que con tanta facilidad se deja enredar y corromper por cualquiera que se muestre dispuesto a satisfacer sus apetitos. Hacia el final de la comedia, el morcillero Agoracrito consigue, con su elocuencia, desplazar a Paflagonio de su posición como favorito de Demo y ocupar su lugar. Este es el comentario del Coro: «¡Oh! Demo, hermoso es el poder que tienes, pues todos los hombres te temen como a un tirano. Pero eres fácil de engañar y te gusta que te halaguen y te engañen. Te quedas siempre boquiabierto ante quien te está hablando y tu mente se ausenta aun estando tú presente»<sup>18</sup>. A estas palabras el viejo Demo reacciona molesto, declarando que no es en absoluto un estúpido, sino que finge serlo para aprovecharse de los servicios de los siervos-demagogos: «Donde no está la mente es en vuestras melenas, si creéis que no estoy en mis cabales. Esas tonterías las hago adrede. Me gusta reclamar a gritos la comida y quiero tener, por si me roba, a un solo administrador. Y cuando está atiborrado, lo levanto y lo estrello»<sup>19</sup>.

No es evidente cuál de las dos interpretaciones es la más fiable. ¿Quién maneja el juego: Demos o los siervos-demagogos? ¿Quién es el corrupto? ¿Quién el corruptor? Es posible que la verdad no esté toda del mismo lado.

### 3. UNA CIUDAD EN LA QUE TODO PUEDE PASAR

El problema de la democracia —parece decirnos Aristófanes— es su tendencia a transformarse en demagogia. Lo afirma un autor que no es

<sup>17</sup> Anónimo ateniense, *La democracia como violencia*, op. cit., p. 17.

<sup>18</sup> ARISTÓFANES, *Los caballeros*, 1111-1120 (trad. cast. de L. Gil Fernández, Madrid, Ediciones clásicas, 1996, pp. 75-76).

<sup>19</sup> *Ibid.*, 1121-1130 (ed. cit., p. 76).